

EL ORIGINAL SISTEMA DE ELADIO CHÁVARRI

ELADIO CHAVARRI'S ORIGINAL SYSTEM

Baldomero López Carrera
Investigador independiente

Resumen: *El profesor Eladio Chávarri ha creado un sistema de pensamiento original y de amplia aplicación en los campos de la filosofía, de la teología y de otros saberes. Este sistema tiene como gran objetivo de estudio el viviente humano que ha aparecido y que se va formando en la historia. Alguno de los ejes de dicho sistema son la diversificación de la vida, la relación (valorativa) que se establece entre la vida pluriforme y los seres valiosos o disvaliosos que son su alimento, la organización de esos valores/contravalores en modelos humanos, las formas de vida que se constituyen por la presencia de los modelos humanos en ellas, lo humano e inhumano –los pares valorativos más comprensivos y que tienen como referencia a los modelos humanos–, la experiencia como lugar donde la persona se apropia de los valores y contravalores, la compleja envergadura del viviente humano y el hábitat específico donde este viviente construye o destruye su vida. El autor del artículo se muestra muy dolido por que los frailes dominicos no hayan prestado atención institucional al estudio y difusión del sistema de Eladio Chávarri, sumamente esclarecedor de muchas cuestiones actuales.*

Palabras clave: *Eladio Chávarri, valor, hombre productor-consumidor, formas de vida, experiencia.*

Abstract: *Professor Eladio Chavarri has created an original system of thought with a wide application in the fields of philosophy, theology and other areas of knowledge. This system has the human living that has appeared and has been formed through history as its main object of study. Some of the axes of this system are the diversification of life, the (evaluative) rela-*

tionship between multiform life and valuable or counter-valuable beings which nourish it, the organization of these values/counter-values in human models, the forms of life constituted by the presence of human models, the human and inhuman –the most comprehensive evaluative pairs as their reference–, the experience as a place where the person appropriates the values and counter-values, the complex scale of the human living and the specific habitat where these living beings build or destroy their lives. The author of the article feels sorry by the fact that Dominican friars have not paid enough attention to the institutional study and dissemination of the Eladio Chávarri's system, that is extremely enlightening of many current issues.

Keywords: *Eladio Chávarri, value, producer-consumer man, forms of life, experience.*

0. INTRODUCCIÓN

Empiezo por confesar que siento una enorme satisfacción al escribir este artículo sobre la obra de mi admirado y querido maestro Eladio Chávarri. Pero, al mismo tiempo, me embarga el temor de no saber plasmar con acierto toda la inmensa y compleja riqueza epistémica que hay en los escritos de nuestro autor. No es mi objetivo mostrar aquí una semblanza amplia y pormenorizada de la vida del profesor Chávarri. Tan sólo indicaré brevemente algunos hitos de su biografía, con el fin de situarla en el tiempo y en el espacio. Nació el 8 de enero de 1932 en Ollobarren, un pequeño pueblo de la comarca de Estella, en la provincia de Navarra (España). En 1943 ingresó en Villava (Navarra) donde, además de estudiar el bachillerato, los dominicos le iniciaron en el estilo de vida creado por Domingo de Guzmán. Una importante decisión por este estilo de vida la tomó con el inicio del noviciado en Salamanca en 1948. Al año siguiente hizo su primera profesión religiosa y recibió durante tres cursos la formación filosófica institucional en Las Caldas de Besaya (Cantabria). Desde 1952 al 1957 realizó en Salamanca los estudios de teología, que culminó con el título de Licenciado. Al terminar ese curso, fue destinado al Estudio General de Las Caldas de Besaya como profesor de Lógica. Al poco tiempo (1961–63), interrumpió su actividad docente para cursar los estudios de doctorado en el Albertinum, de la Universidad de Friburgo (Suiza). Su tesis doctoral versó sobre la “*Naturaleza de la demostración «propter quid» en los Analíticos Posteriores*”¹. De Friburgo volvió a Las Caldas de Besaya. En 1970, el ya Instituto Superior de Filosofía se trasladó a Valladolid, al nuevo convento de san Gregorio, donde aquellos profesores pretendieron emular el espíritu del antiguo Colegio de San Gregorio, en el que

¹ Eladio CHÁVARRI, “Naturaleza de la demostración “propter quid” en los analíticos posteriores”, en *Estudios Filosóficos* 20 (1971) 39-90; 21 (1972) 3-58; 21 (1972) 283-337; y 21 (1972) 559-585.

fue profesor Vitoria, y por el que pasaron estudiantes como Carranza y Fray Luis de Granada. Allí ha sido profesor de varias materias, fundamentalmente de lógica matemática, hasta su jubilación en 1997. También ha ejercido los cargos de subdirector del Instituto Superior de Filosofía (70–73) y secretario del mismo (78–81); director (79–83) y consejero de redacción de “Estudios Filosóficos”. Actualmente es uno de los siete miembros internacionales del Consejo Editorial de esta revista. Entre los cursos 84–87 ejerció como profesor en la universidad Santo Tomás, “Angelicum”, de Roma. También ha impartido cursos en algunas universidades hispanoamericanas. En el año 2003 recibió, con no poca resistencia por su parte, el nombramiento de Maestro en Sagrada Teología, el máximo título que concede la Orden dominicana a los frailes que han destacado de forma eminente en algún campo del saber. En la actualidad, Eladio Chávarri sigue viviendo en Valladolid, en la comunidad de dominicos de san Pablo y san Gregorio, comunidad que ha sido y sigue siendo un constitutivo fundamental de todo su quehacer investigador. Ha padecido últimamente algunos achaques de salud, pero que, de momento, no le impiden seguir trabajando en un complejo, profundo, extenso y esperado libro sobre los valores.

En el curso 1965–66 tuve la suerte de tenerlo como profesor de lógica (¿metalógica?) escolástica. A partir del curso siguiente cambió el programa y lo sustituyó por la lógica matemática, materia de la que es una autoridad reconocida. Quiero traer a colación sólo dos recuerdos de aquella época. Los estudiantes lo veíamos como un profesor abierto a la innovación y, lógicamente, muy tolerante. Ahora entiendo el porqué de aquel talante suyo. El posterior sistema de pensamiento que elaboró Chávarri tiene como un axioma el valor incuestionable de las diferencias, porque ninguna realidad existente en el pasado o en el presente encarna ella sola toda la riqueza de un ser, ya sean liturgias, sistemas filosóficos o científicos, juegos, vestiduras, comidas, justicias, sistemas sociales, políticos o económicos. Si a ello se añade el hecho de que el ser que está por descubrirse hasta que se extinga la especie humana será posiblemente muy superior al ya aparecido, comprendemos por qué nuestro autor ya era entonces muy tolerante con las diferencias y “abierto” a la evolución de cualquier realidad. Otra anécdota que recuerdo con toda nitidez. Cuando acabó la explicación clásica del “predicamento” aristotélico “la relación” (“*prós ti*” = *referido a algo*), soltó, como de pasada, algo de lo que nosotros en aquel momento no barruntábamos ni por asomo su alcance: “a la relación se le ha prestado muy poca atención, pero tiene tanta o más importancia que la sustancia”. Ahí quedó la cosa. Ahora he visto que la “relación” es un eje clave en el sistema de pensamiento de Eladio Chávarri, como tendremos ocasión de ir viendo.

A partir de mediados de los 70, leí con interés todo lo que fue publicando en Estudios Filosóficos, pero, a decir verdad, no entendí muchos de los contenidos que hay en sus artículos. Me faltaba la clave, según me di cuenta

después. Empecé a encontrarla en su libro *Perfiles de nueva humanidad*². Representa esta obra la primera, la fundamental y la gran síntesis del pensamiento sistemático y comprensivo de nuestro autor. En ella se retoman muchos de los temas que había ido publicando en artículos en esta revista a lo largo de los años, pero ahora están integrados en un verdadero sistema original y profundo. Tengo que confesar que su lectura no fue nada fácil, aunque la obra tiene una lógica aplastante, como no podía ser menos en nuestro autor. Estuve tentado a dejarla arrinconada, como hicieron otros compañeros suyos de profesorado, pero el recuerdo tan impactante de su magisterio en mi época del estudio de la filosofía me azuzó a no desanimarme ante la dificultad de su lectura, a coger el toro por los cuernos y leerla una y otra y otra vez; no sé cuantas, pero sí muchas. Al final tuve la gran recompensa: este libro cambió por completo mi pensamiento filosófico; tengo que confesar que en mí hay un antes y un después del estudio de *Perfiles de nueva humanidad*. En septiembre de 1992 hice una adaptación del mismo para mis alumnos de filosofía en el Bachillerato, y, con modificaciones y enriquecimientos a medida que Chávarri publicaba nuevas obras, fue el temario que impartí durante diecisiete años a unos mil quinientos alumnos. Creo que, a pesar de la complejidad, entendieron suficientemente para su edad el riquísimo contenido de la doctrina de nuestro autor. Por ello quisiera en este homenaje agradecerse de corazón a Eladio Chávarri en nombre de esos alumnos que vieron cómo la filosofía es una herramienta privilegiada para conocer en profundidad nuestra vida en el mundo que nos ha tocado vivir. Y también deseo hacer partícipes a otras muchas personas de este hallazgo animándolas con mucho entusiasmo a la lectura directa de sus escritos. Mis apuntes de entonces pueden ser un primer peldaño introductorio y facilitador. Están disponibles gratuitamente para todo aquél que lo desee. Advierto que la dificultad de la lectura de la obra del profesor Chávarri se debe, entre otras razones, a que no se puede dar un paso en su comprensión sin tener en cuenta lo anterior; y recordarlo constantemente supone un esfuerzo a veces descorazonador; además muchos conceptos adquieren en el sistema de nuestro autor un significado nuevo, bastante diferente del habitual. Pero, si uno vence este escollo, encontrará una recompensa gratificante como pocas.

1. HITOS O EJES DE SU SISTEMA DE PENSAMIENTO

Podría pensarse que la obra de Eladio Chávarri se desarrolla en el campo de la lógica, como correspondería a sus cuarenta años de magisterio y a sus altos conocimientos de la misma. Pero, no. Es cierto que ha publicado algunos artículos sobre esta materia, y que sus escritos están siempre empapados y es omnipresente en ellos el orden, la disección, el discernimiento y la sutileza de la lógica. Pero tratan de otra cosa. No encajan en el encorsetamiento de ninguna de las disciplinas académicas de la filosofía, porque participa de

² Eladio CHÁVARRI, *Perfiles de nueva humanidad*, Salamanca, San Esteban, 1993.

todas, y de muchas más. Lo que sí hay que señalar ya desde el principio es que la obra de Eladio Chávarri es un verdadero y nuevo “sistema”, por lo que todos los asuntos adquieren en él una perspectiva peculiar, original y nueva. En sus escritos van apareciendo cada vez más con mayor insistencia y explícita disección las correlaciones, las estructuras que hay entre todos los componentes de su sistema. Este sistema, a la vez que es admirable, muchas veces asusta, por su complejidad, al que se acerca él. Los pocos artículos que he escrito, siempre llevan la fértil impronta de este sistema de Eladio Chávarri, lo que me ha llevado a planteamientos y conclusiones muy sugerentes y nada habituales.

Señalaré a continuación los principales ejes que, a mi modo de ver, forman el armazón de su sistema de pensamiento.

2. EL SER HUMANO ES ANTE TODO UN VIVIENTE, AUNQUE SEA MUY PECULIAR

Diseccionar cómo es la construcción o formación del viviente humano en el pasado, en el presente y en el futuro, es el gran objetivo que orienta, abarca y tiñe todas sus reflexiones. No define al ser humano con categorías apriorísticas, formales y generales, como suele ser lo habitual, sino que desciende a ver cómo se va formando y construyendo ese peculiar ser viviente humano que ha aparecido en nuestro planeta.

2.1. *La unidad y pluralidad diferenciada de la vida humana: las vertientes vitales del viviente ser humano*

Lo primero que encuentra Chávarri en la vida del viviente humano –y en su anverso, la muerte– es que no es monolítica, indiferenciada y uniforme –como si fuera una especie de magma o de sopa–, sino que se ramifica en grandes y diferenciadas vertientes vitales. Las llama *vertientes* porque a través de ellas fluye la variada vida humana y, como veremos, también a través de ellas se comunica con los seres que alimentan al ser humano. Cada una de estas vertientes de vida se diversifica a su vez en sus propias *variaciones vitales*. Y éstas, como último eslabón de la cadena de la vida, se encarnan en sus propias *vitalidades concretas*. La vertiente vital cognitiva, por ejemplo, se ha manifestado a lo largo de la evolución humana en muchas variaciones vitales cognitivas: saberes ordinario –el más amplio e importante–, científico, filosófico y teológico. Cada una de estas variaciones se ha mostrado a su vez en multitud de conocimientos o vitalidades cognitivas concretas. Así pues, la vida se manifiesta como una inmensa red unida y, al mismo tiempo, diferenciada en vertientes vitales, sus variaciones vitales y sus vitalidades concretas. Pues bien, cada vertiente vital es con todo derecho realmente vida, pero ella sola no es toda la vida humana. ¡Cuántos errores se siguen produciendo en las reflexiones sobre aspectos de la vida cuando ésta se la reduce previamente

a unas pocas vertientes vitales y se ignoran por completo las demás, que son tan vida humana como las escogidas y acotadas!

2.2. *Los valores y contravalores como alimento de la vida humana*

Como cualquier viviente, el ser humano necesita alimentarse. La vida humana, a través de sus vertientes vitales, variaciones y vitalidades concretas se nutre de seres, que son estimados por la persona como beneficiosos si fomentan el desarrollo de su vida, o como perjudiciales si la deterioran o destruyen. En el primer caso, a esos seres los denominamos valiosos o, más comúnmente, valores; en el segundo, disvaliosos o contravalores. Éste es uno de los pilares del sistema de Chávarri, presente en todas sus reflexiones, porque es con los valores y con los contravalores como se inicia y se desarrolla la vida humana. Sin ellos, simplemente no habría vida humana. No es de extrañar que precisamente la obra que está elaborando —él dice que será la última— sea un análisis muy complejo y novedoso sobre las presencias de lo valioso y lo disvalioso en la vida humana. Chávarri siempre llama la atención sobre los contravalores como componentes de nuestra vida. Frecuentísimamente se fabrica o se elabora un ser humano ideal, integrado sólo con valores, pero no con contravalores, como si éstos no fueran constitutivos del ser humano que ha aparecido hasta ahora. La desafortunada expresión «educación en valores» es un ejemplo de ello, porque hay que defender con contundencia que valores y contravalores siempre van unidos, mutuamente relacionados y ambos componen nuestra vida. Por eso, Chávarri siempre habla del “par valorativo” valor/contravalor.

¿Qué relación se da entre esos seres valores/contravalores y las vertientes vitales humanas? Pues una relación de mutua constitución o coimplicación. Los seres valiosos y disvaliosos se hallan implicados, como su alimento, en la constitución y desarrollo de las vertientes vitales, en sus variaciones y en las vitalidades concretas. El oído, por ejemplo, no existiría si no hubiera seres sonoros. Pero también sucede al revés: no habría seres sonoros si no existieran funciones vitales auditivas. Es decir, que las vertientes vitales, sus variaciones y vitalidades entran en la constitución y desarrollo de los seres como valiosos y disvaliosos. Y también al revés. Por consiguiente, los valores son simétricamente y a la vez manifestaciones de vida humana y de ser; los contravalores, por el contrario, de no-ser y de muerte humana. Importante y sumamente novedoso es este descubrimiento de Chávarri, pues lo habitual es situar los valores y los contravalores o bien el campo de la persona o bien en el de los entes, pero no en ambos, con lo que no existe entre ser y vida una mutua implicación. A esta relación de co-implicación la llama nuestro autor *relación valorativa*. Por una parte, la vida del ser humano y todos sus aspectos vitales, y, por otra, todos los seres con los que se relaciona se hallan presentes en las relaciones valorativas. Resulta, pues, que los valores y los contravalores pertenecen a la categoría de “relación”, que, como bien sabemos, está constituida por dos extremos, una relación y un fundamento. Razón tenía

el profesor Chávarri en aquellos años sesenta del siglo pasado cuando ya barruntaba la inmensa riqueza que se encontraba en el predicamento aristotélico de la relación. Ahora ha descubierto las relaciones valorativas, uno de los pilares de la construcción o formación del ser humano.

2.3. *Una muestra de ocho vertientes vitales y de sus correspondientes dimensiones valorativas*

Si nuestra vida se ramifica en una diversidad de vertientes vitales, entonces también hemos de afirmar que se constituye por la correspondiente diversidad de dimensiones valorativas. O, lo que es lo mismo, las manifestaciones específicas de ser –los entes– nutren, conservan y desarrollan vertientes de la vida humana específicas y diferenciadas. Con lo que los seres también adquieren esa especificidad y diferencia de las vertientes vitales, al mismo tiempo que contribuyen a ella. ¿Cuántas son esas vertientes vitales humanas específicas y sus correspondientes dimensiones valorativas? Muchas, pero Eladio Chávarri escoge una muestra de ocho, a las que denomina respectivamente vertientes vitales, dimensiones valorativas *biopsíquica, cognitiva, económica, estética, ética, lúdica, religiosa y sociopolítica*. Como las presencias de lo valioso y disvalioso se dan a la vez en las vertientes de la vida humana y en los entes, esas ocho grandes dimensiones valorativas son, a la vez e inseparablemente, profundas y específicas manifestaciones de ser y de vida humana.

Chávarri explicita el contenido de la muestra de dimensiones valorativas (vida y ser a la vez) que ha escogido en el párrafo anterior de la siguiente manera. Nuestra *dimensión valorativa biopsíquica* comprende nuestro organismo y todos sus estados vitales orgánicos y psíquicos. La *dimensión valorativa cognitiva* abarca nuestros saberes ordinarios, científicos, filosóficos y teológicos. La *dimensión valorativa económica* engloba la creación, asignación, comercialización y consumo de mercancías. La *dimensión valorativa estética* se refiere a las presencias de lo bello y de lo feo, tanto natural como artificial. La *dimensión valorativa ética* abarca todo lo relativo a ser buena o mala persona; sobre todo, a ser justa o injusta. La *dimensión valorativa lúdica* contiene todo lo referente a los juegos, fuentes inagotables de diversión, entretenimiento, esparcimiento, competición, lucha, relajación, espectáculo, apuesta, victoria, derrota y empate. La *dimensión valorativa religiosa* se refiere a la relación con las divinidades de todo tipo. La *dimensión valorativa social, jurídica y política* comprende aquella parte de nuestra vida que se desarrolla en relación con los demás, desde la familia y los amigos hasta los grandes bloques políticos del mundo. Toda esta variedad y complejidad –y mucho más– es nuestra vida humana. Las manzanas, por ejemplo, alimentan nuestras células, son cognoscibles, intervienen en transacciones comerciales, se manifiestan como bellas o feas, pueden regalarsse o robarse, es posible jugar con ellas, son símbolos de tentaciones y caídas en los paraísos religiosos, y su recolección y elaboración posterior generan desarrollos específicos de socia(bi)lidad. La manzana, por tanto, es un ser valioso o disvalioso desde distintas dimensiones valorativas,

pues desarrolla o deteriora también distintas vertientes vitales de la persona. No genera vida humana –o muerte– a secas, sino muchos tipos específicos y diferenciados de vida y de muerte.

Como podemos ver, en Chávarri la “apertura del ser humano al valor/contravalor” es infinitamente más rica y amplia que la proclamada comúnmente por los filósofos como “apertura al ser”. En nuestro autor, el “ser” se amplía y varía casi infinitamente al ser considerado y tratado como “valor/contravalor”. Además, la imbricación de “ser” y “vida humana” es en el “valor/contravalor” de Chávarri muchísimo más estrecha y profunda que la que proponen los filósofos al definir al ser humano como apertura al ser. Finalmente, mientras que la mayoría de los pensadores se refieren sólo a una apertura *cognitiva* al ser, en nuestro autor es una apertura de todas las vitalidades humanas. Como vemos, en Eladio Chávarri aparece un mundo nuevo y ampliado en la comprensión tanto del ser como del viviente humano.

2.4. Axioma protector de la diversidad vital y valorativa

Las presencias de ser y de vida en cada dimensión valorativa tienen cada una su propio matiz vital y entitativo. Por lo que estas grandes dimensiones son, por consiguiente, irreducibles entre sí; no pueden ser sustituidas unas por otras y cada una ha de cultivarse en su adecuado marco. Cuando no se tiene en cuenta éste que Chávarri llama “axioma protector de la diversidad”, se cae en el enorme –y por otra parte frecuente– peligro de uniformar todas esas infinitas tonalidades de vida y de ser en un genérico, vago e indeterminado par valorativo “vida” y “muerte” (cuando se habla de la defensa de la vida, por ejemplo), y de “ser” “no-ser” sin más. Lo correcto es, para Chávarri, hablar siempre de vidas y de muertes específicas. En cada dimensión valorativa las presencias de vida y de ser son peculiares; y también son peculiares sus correspondientes presencias de muerte y de no-ser en sus respectivos contravalores. Tiene esta aseveración de nuestro autor consecuencias de mucho calado. Por ejemplo, en el alcance y en el entendimiento del *sufrimiento* humano. Éste es siempre expresión de algún deterioro vital, que es precisamente lo que causan los contravalores. Según eso, la extensión del deterioro vital y del sufrimiento es tan profunda y variada como profundos y variados son los contravalores. No hay un sufrimiento humano general e indiferenciado. Cada vertiente vital, cada dimensión valorativa padece el suyo, que es específico e intransferible. Y los remedios adecuados son también específicos e intransferibles. El dolor de la soledad y el sufrimiento que produce el hambre son muy diferentes; por lo que la compañía no quita por sí misma el hambre, ni la comida copiosa libra de la soledad.

2.5. *No se puede identificar la vida humana con alguna vertiente vital de la misma*

Es una consecuencia de lo dicho en el párrafo anterior. Algunos montan campañas muy costosas y agresivas en defensa de la vida –la vida en general–, cuando al mismo tiempo están silenciando –e incluso contribuyendo a– muchas muertes de ámbitos específicos de esa vida humana que dicen defender. Porque no debemos olvidar que tan vida y muerte humanas son el funcionamiento de los órganos del cuerpo como el tono de convivencia de los grupos; las teorías científicas como la relación con las divinidades; el juego en sus múltiples variantes como la creación y distribución de mercancías; las manifestaciones estéticas como las conductas morales. La pluralidad y variedad de ocho vertientes vitales/mortales y de sus respectivas ocho dimensiones valorativas nos impiden considerar humana o inhumana únicamente a una. Todas contribuyen a que el ser humano sea un viviente específico y especial. Cuando falta alguna o sufre merma, deterioro o estancamiento, este ser viviente no es del todo humano³.

3. LA MODALIZACIÓN QUE UNOS VALORES EJERCEN SOBRE OTROS

3.1. *¿Qué entiende Chávarri por “modalización”?*

Las dimensiones valorativas, que comprenden las vertientes de vida humana y sus respectivos seres, mantienen entre sí muchos tipos de relaciones. Una de ellas es la «relación modalizadora» (jojo con no identificar «modalizadora» o modalizante con «moralizadora»!). La relación modalizadora consiste en que unas dimensiones valorativas se relacionan con las otras dimensiones valorativas influyéndolas de tal manera que transforman a estas últimas y les dan un nuevo «modo de ser» (de ahí lo de “modalización”). Como consecuencia lógica, las vitalidades y los valores/contravalores de las distintas dimensiones valorativas “modalizadas” pierden su ser originario y adquieren una entidad nueva y distinta, según que estén modalizados por unas o por otras dimensiones valorativas. Por ejemplo, la institución familiar –dimensión valorativa de primera importancia– tendrá una entidad o modo de ser diferente si los valores o contravalores modalizadores son los religiosos que si son los económicos o los sociales o los estéticos. Esto no suele tenerse en cuenta al afrontar el problema de la familia hoy, que se la enfoca como un valor intemporal y estable, perfectamente definido con rasgos fijos e inamovibles⁴. Sin embargo, las diversas modalizaciones hacen que los mismos pares valorativos adquieran realidad distinta en cada una de las modalizaciones. No se entiende por bueno/malo lo mismo en una modalización por un núcleo valorativo religioso que por uno económico o socio-político. Véase

³ B. LÓPEZ, “Una visión sobre el aborto basada en el sistema de Eladio Chávarri”. Sin publicar.

⁴ E. CHÁVARRI, “Situación valorativa de la familia”, en *Teología Espiritual*. 50, n° 148 (2006), pp. 23-42

cómo la ontología al uso no tiene en cuenta esta “relación de modalización”, y considera a los seres como algo definido y cerrado.

3.2. *En el pasado fueron dimensiones valorativas religiosas las modalizadoras de todas las demás. Hoy han sido desplazadas por las dimensiones valorativas económicas y biopsíquicas*

El proceso de desarrollo del ser humano ha girado a lo largo de la historia en casi todos los grupos y culturas en torno a las dimensiones valorativas religiosas. Ellas han sido el centro modalizador de la vida humana. Pero durante el siglo XIX europeo, bastantes pensadores pretendieron sustituir la hegemonía y la omnimoda presencia pública de las dimensiones valorativas religiosas por el predominio de dimensiones valorativas sociales y éticas (*liberté, fraternité, égalité*), (y también por el confinamiento de lo religioso al ámbito de lo privado). No lo consiguieron. Pero sí otros que vinieron después. Entrados ya en el siglo XX, y a lo largo del mismo, se produce una grande y sorprendente sustitución, aceptada gustosamente por la inmensa mayoría de la gente: los valores biopsíquicos y económicos desplazan a los religiosos –no los anulan–, y se constituyen en el centro vital y valorativo modalizador de todos los demás. Las masas, en contra de lo que aconsejaban y proponían los profundos pensadores ilustrados, prefirieron seguir la modalización biopsíquica y económica de la vida y no la social y moral. De esta manera, poco a poco, las propias masas cambiaron la «modernización» que proponían los ilustrados por la «americanización», es decir, por la invitación a seguir y desarrollar el nuevo estilo americano de vivir la vida. Pienso que nadie como Eladio Chávarri ha penetrado en la comprensión de nuestro mundo actual, porque él no se mueve en la superficie, en las manifestaciones, sino que llega a la raíz de los mismísimos procesos de la formación del ser humano, de hoy y de otras épocas: las dimensiones valorativas, constituidas en mutua implicación por vida humana y por ser.

4. LA VIDA HUMANA ESTÁ MUY INFLUIDA POR LOS MODELOS HUMANOS

4.1. *¿Qué es el modelo humano para nuestro autor?*

Los millones de personas que compartimos una forma de vivir tenemos un estilo de vida común. A eso llama Chávarri “modelo humano”. Nuestro autor concibe el “modelo humano” como la forma de organización de todas las dimensiones valorativas de la vida humana en torno a un determinado y específico núcleo valorativo, que modaliza a todos los demás pares valorativos. El modelo humano resulta ser una vastísima, tupida y variadísima red de relaciones entre todas las vitalidades y entes que lo componen.

Pues bien, como decimos, el modelo humano está configurado por valores y contravalores de las ocho dimensiones valorativas escogidas como muestra por nuestro autor. La visión de Chávarri de los modelos humanos es, en con-

tenido y en forma, valorativa. No forman el modelo humano los caracteres biológicos o psíquicos de un grupo, ni los sociales, morales, religiosos, económicos, cognitivos o lúdicos del mismo, en cuanto tales caracteres, sino en cuanto que esos caracteres son valores o contravalores. Chávarri se diferencia así de la mayoría de las visiones sobre los modelos humanos, pues establece como constitutivo de los mismos las dimensiones valorativas, y no meras características.

Hay, además, algo determinante en la configuración de cualquier modelo humano: la existencia de un núcleo valorativo que modaliza a todos los componentes de dicho modelo. Ya sabemos lo que significa “modalizar” para Chávarri: que las vertientes vitales y sus pares valorativos “modalizados” pierden su “modo de ser” y adquieren el modo de ser del núcleo valorativo “modalizador”. Así pues, al tener los modelos humanos núcleos valorativos diferentes, la modalización que imprime cada modelo humano hace que los millones de pares valorativos se vayan encarnando en cada modelo humano de maneras peculiares y distintas. Y así, los pares salud/enfermedad, bueno/malo, conocido/ignorado, libre/esclavo, bello/feo, solidario/insolidario, etc., se manifiestan de maneras vitales diferentes en los diversos modelos humanos. Las personas que viven en cada forma de vida son solidarios o insolidarios de maneras existenciales distintas a las que viven en otras formas de vida.

Es preciso distinguir dos grandes clases de modelos humanos: los fácticos y los diseñados. Los diseñados, creados por nuestra mente, tienen la peculiaridad de que se centran únicamente en lo humano, y pasan por alto todo contenido referente a lo inhumano. Chávarri no se refiere en sus reflexiones a los modelos humanos diseñados, sino que toda su atención e interés se centran en los modelos humanos fácticos, los que han existido, existen y existirán, y que éstos sí contienen grandes dosis de valores y de contravalores, de humanidad y de inhumanidad.

Pues bien, en el apartado anterior hemos señalados tres tipos de núcleos valorativos que modalizan al resto de las dimensiones valorativas: el religioso, el social-ético, y el económico-biopsíquico. Estos tres tipos de núcleos valorativos modalizadores construyen tres tipos de modelos humanos: religioso, social-ético y económico-biopsíquico. A este último –que es el nuestro– lo denomina Chávarri en sus escritos *Hombre Productor Consumidor* (HPC en adelante). Hoy nuestra vida sabe fundamentalmente a vertientes vitales biopsíquicas y económicas. En los modelos humanos, la vida es vida organizada; lógicamente, el ser que alimenta esa vida como valor o contravalor es igualmente ser estructurado. Pues bien, a las organizaciones específicas de vitalidades del HPC, se corresponden organizaciones también específicas de seres. El eje causante e identificador de esa organización específica es, como decimos, el núcleo valorativo del HPC. Ello hace que el influjo que ejercen las dimensiones valorativas biopsíquica y económica sobre las demás, conformen de manera singular las experiencias cognitivas, estéticas, éticas, lúdicas,

religiosas y sociopolíticas. La dinámica del aumento o decremento dinerario se traslada inmediatamente a las demás dimensiones valorativas, en proporción directa a su capacidad para ser convertidas en mercancías. Todo en nuestra forma de vida es valorado y medido por el dinero. Las vitalidades que se generan en nuestras vidas son económicas y biopsíquicas. ¡Nunca hubieran imaginado los pensadores del pasado que las despreciadas dimensiones biopsíquicas iban a desempeñar este papel protagonista que ahora tienen en nuestra forma de vida! Qué lejos están los análisis –mayormente sociológicos– de situaciones problemáticas de nuestra vida actual de los que nos ofrece Eladio Chávarri. Por no señalar más que un ejemplo, estimo que las jerarquías eclesiásticas se quedan en la superficie cuando tratan de identificar las causas de por qué han descendido tan significativamente las prácticas religiosas en nuestra sociedad. Señalan como causas principales las que no son más que derivadas y hasta tangenciales⁵.

4.2. *De ninguna manera los modelos humanos son algo ajeno y externo a las personas*

En la vida de cada persona se encarna con muchísima fuerza la modalización del propio modelo humano. La vitalidad de cada uno de nosotros es en gran medida como es la de nuestro modelo humano. Como consecuencia, el modelo humano que uno tenga asumido explica en cada persona muchas de las conductas que ésta cree que son naturales. Pues bien, hay tantos modos de ser y de hacernos humanos e inhumanos como modelos. Las personas no estamos determinadas a priori a desarrollar nuestra humanidad e inhumanidad con la obligada uniformidad que impone un modo único, cosa que sí sucede con el resto de los vivientes. Por eso no resultaría fácil sintetizar en un ideal construido a priori –como frecuentemente se hace– toda la riqueza en extensión, intensidad y diversidad de humanidades e inhumanidades que ofrecen en conjunto todos los modelos humanos que existen, que han existido y que existirán. Chávarri lo ha detectado con original hondura y perspicacia.

Cuando se plantea cualquier asunto (valor o contravalor), es preciso siempre desentrañar qué modelo humano hay detrás, porque será la única manera de que acertemos en ver la naturaleza y el alcance que tiene ese asunto en cuestión. Resulta evidente que lo que, desde su específico núcleo valorativo, un modelo humano estima como valor, otros modelos humanos, desde el suyo propio, pueden juzgarlo como contravalor. Sin olvidar las modalizaciones que impone en cada modelo su núcleo valorativo. Así ha sucedido con los pares puro/impuro, limpio/sucio, justo/injusto, bello/feo, sabroso/desabrido, amigo/enemigo, etc. a lo largo de la historia y de la variedad de sus modelos. Eladio Chávarri siempre tiene muy presente el peso de los modelos humanos –sobre todo el HPC– cuando afronta cualquier cuestión.

⁵ B. LÓPEZ, “Dos enfoques sobre el consumismo” (Eladio Chávarri y Adela Cortina), en *Estudios filosóficos* 52, n. 151 (2003) 549-565.

5. LAS FORMAS DE VIDA

5.1. *Las formas de vida están configuradas por modelos humanos*

Para Eladio Chávarri, la “forma de vida” es aquella en la que se encarna y se concreta un modelo humano. (Forma de vida puede tener cierta semejanza con lo que principalmente los sociólogos entienden por “cultura” o civilización, –aunque con notables matices y diferencias con nuestro autor– como veremos en este mismo párrafo). Por tanto, las formas de vida existentes están configuradas, penetradas, por los modelos humanos que están inmersos en ellas. Hablar de modelo humano y de forma de vida viene a ser lo mismo, porque entre ambos hay una mutua implicación. Pues bien, resulta claro y lógico que, para Chávarri, la forma de vida es una consideración genuinamente valorativa. Muchas denominaciones de nuestra forma de vida actual (“sociedades modernas”, “sociedades posmodernas”, “sociedades desarrolladas”, “sociedades opulentas, ricas”, “sociedades terciarias”, “sociedades individualistas”, “sociedades “industriales” y “postindustriales”, “sociedades capitalistas”, “sociedades democráticas”, “sociedades informatizadas”, “sociedades fluidas”, “sociedades administradas”, “sociedades tecnocientíficas”) no tienen en cuenta explícitamente esta consideración valorativa como tal⁶. Y frecuentemente se fijan tan sólo en alguna dimensión valorativa de nuestro modelo humano, dimensión que es claramente insuficiente para abarcar y caracterizar todos los pares valorativos y todas las numerosísimas relaciones que se establecen dentro de él.

5.2. *Los modelos humanos que han existido y que se han encarnado en formas de vida han incumplido sistemáticamente el que Chávarri denomina axioma protector de la diversidad valorativa*

Dicho axioma prohíbe la reducción de todas las vertientes vitales y dimensiones valorativas –con sus variaciones y vitalidades concretas– a una de ellas. Este axioma las declara, por lo mismo, insustituibles entre sí: ninguna puede hacer las funciones de otra. Y también expresa la intransferibilidad: el cultivo de los pares valorativos de cada una de las vertientes vitales y de sus dimensiones valorativas específicas no se puede realizar en otras vertientes o dimensiones. Pues bien, en la mayoría de las formas de vida y de sus correspondientes modelos humanos, la dimensión valorativa religiosa ha ejercido como núcleo valorativo de todos ellos. La modalización que ha practicado esta dimensión valorativa religiosa ha tenido como efecto reducciones, sustituciones y transferencias de las demás vertientes vitales, dimensiones valorativas, variaciones y pares valorativos concretos. Se ha impuesto una especie de “religiosismo” que atraviesa toda la variadísima vida humana. Está claro que nadie puede estar a gusto con un tipo de ser humano que contenga tan

⁶ B. LÓPEZ, “Los signos de los tiempos”, en *Estudios filosóficos* 62, n. 179 (2013) 159-165.

sólo valores y contravalores religiosos, o que los valores y contravalores de las siete dimensiones restantes pasen por una férrea colonización (modalización) de los religiosos. Porque, cuando esto sucede, quedan en la oscuridad múltiples facetas de la vida humana, tanto de las presentes como de las que están llamadas a surgir. Hemos de afirmar lo mismo de la modalización que ejerce el núcleo valorativo de nuestro modelo humano actual (HPC), formado por las dimensiones valorativas biopsíquica y económica: incumplimos de modo similar el axioma protector de la diversidad valorativa, sólo que ahora lo hacemos en nombre del desarrollismo económico y biopsíquico en vez del religiosismo. Todos los constituyentes de nuestra forma de vida se hallan sometidos a la modalización mercantil-biopsíquica ejercida por su núcleo valorativo. Y ésta es una gran violencia que no deja a los demás valores ser lo que son.

6. LO HUMANO Y LO INHUMANO

Con los modelos humanos está íntimamente relacionado el par valorativo más extenso y comprehensivo de todos: humano e inhumano. Este par no tiene en Chávarri el significado particular y reducido de compasivo, benévolo, misericordioso o caritativo, como es habitual entenderlo, sino que hace referencia a todo el modelo humano que hay en una determinada forma de vida. Dicho modelo humano comprende multitud de pares valorativos de al menos las ocho vertientes vitales que nuestro autor ha escogido como muestra. Y esas dimensiones valorativas, como sabemos, están modalizadas por núcleos valorativos determinados. Pues bien: es en relación con ese modelo –y sólo en esa relación– como las experiencias particulares con sus respectivas estructuras reciben la calificación de y se manifiestan como humanas o inhumanas. El par valorativo humano/inhumano se construye, por tanto, a partir de un modelo humano (fáctico, en Chávarri), y da a todas las vitalidades del ser humano un sentido total, íntegro. Huelga decir que lo que es humano desde un modelo humano puede resultar inhumano desde otro modelo humano, pues es fundamentalmente el núcleo valorativo de cada modelo humano el que dirige nuestras estimaciones de lo que es humano e inhumano. Ese núcleo valorativo, como ya sabemos, es quien da cohesión al modelo y ejerce una fuerte y grande influencia sobre el resto de los componentes vitales. Hoy, por ejemplo, calificamos a todos los constituyentes de nuestra forma de vida como humanos o inhumanos según criterios económicos y biopsíquicos.

7. LA REFLEXIÓN ARQUETÍPICA

El esquema que lleva utilizando Eladio Chávarri en la acometida de temas de diversa índole (en definitiva, de las experiencias) suele comprender tres hitos importantes: en el primero, estudia cuáles son en general las estructuras de la experiencia que trata; en el segundo, cómo está modalizada dicha expe-

riencia en el arquetipo HPC (el actual); y en el tercero, qué perfiles puede y debe tener esa experiencia en un horizonte más evolucionado (dignificador, lo llama nuestro autor). Pues bien, con los hitos dos y tres, Eladio Chávarri se sitúa en lo que él denomina “reflexión arquetípica”. Es el enfoque de cualquier experiencia desde los modelos o “arquetipos” humanos. Como se deduce de lo dicho en el apartado anterior, la pregunta de Chávarri siempre es acerca de la humanidad e inhumanidad que encierra tal o cual experiencia valorativa. No es una visión reducida a las estructuras de una determinada experiencia (primer hito), sino que las relaciona con el arquetipo o modelo humano, del cual reciben esas experiencias y sus estructuras la cualificación de humanas o inhumanas.

Captar todas las experiencias existentes –y sus mutuas relaciones de diversa índole– en un determinada forma de vida requiere un tipo de razón capaz de hacerlo; la razón más potente. Nuestro autor la denomina “razón soberana”. Es la más extensa y comprehensiva que existe. No se podría explicar la vida dentro de los modelos o arquetipos humanos sin la razón soberana específica de cada uno de ellos. En el referido libro de *Nuestro arquetipo humano* se puede encontrar una explicación pormenorizada y diferenciada de lo que es la razón soberana de nuestro modelo humano, el HPC.

8. LA EXPERIENCIA

Éste es uno de los hallazgos más fértiles que he encontrado en la obra del profesor Chávarri. En *Perfiles de nueva humanidad* utiliza con profusión las experiencias y estudia una muestra de ellas muy significativas para detectar la humanidad e inhumanidad que hay en la vida del ser humano; pero allí no aclara qué entiende por “experiencia”; simplemente afirma que su significado viene determinado o matizado por los adjetivos que la acompañan: familiar, científica, religiosa, etc. Fue en una colaboración suya en un libro de homenaje al profesor José Todolí donde Chávarri expuso por primera vez y con detalle qué entendía él por experiencia⁷. Hay que decir que el enfoque que nuestro autor hace de la experiencia tiene poco que ver con los tratamientos habituales de la misma, incluso de los grandes pensadores. Pero, además de novedoso, su enfoque es profundo y esclarecedor de infinidad de cuestiones.

8.1. ¿Qué es la experiencia?

Para Eladio Chávarri, la experiencia está en la raíz y en el meollo de la formación o construcción del ser humano, porque es “el trato vital que los humanos mantenemos con los seres con el fin de asimilarlos como valores o

⁷ Eladio CHÁVARRI, “Reflexiones sobre la experiencia valorativa”, en Luis MÉNDEZ FRANCISCO (coord.), *Ética y Sociología*, Madrid, San Esteban/Universidad Complutense, 2000, pp. 515-530.

contravalores y desarrollar así nuestras dimensiones vitales". Resulta así que toda experiencia es valorativa; no hay ninguna que no lo sea. El ser humano asimila los seres como valiosos o disvaliosos por medio de la experiencia, con lo que no hay vida humana sin experiencias. Podemos afirmar que la vida de cualquier persona es el conjunto de todas sus experiencias. La experiencia así entendida no se limita a operaciones específicas tales como medir, observar y hacer experimentos, sino que se aplica a aspectos vitales tan diversos como reír, comer, rezar, argumentar, distribuir, amar, comprar, divertirse, producir, etc. Es decir, a los millones de acciones que desarrollamos a lo largo de la vida. Todas son experiencias porque son apropiaciones del ser como valioso/contravalioso para alguna dimensión vital humana.

8.2. *El trato vital con los seres se lleva a cabo en marcos experienciales*

El autor entiende por marco experiencial "el conjunto de condiciones necesarias y suficientes que intervienen en la constitución de cualquier experiencia". Lo de "necesarias" indica que no puede entenderse ninguna experiencia sin ellas; lo de "suficientes" se refiere a que ellas se bastan para producir y explicar cualquier experiencia. Pues bien, de dichas condiciones, Chávarri destaca cuatro grandes grupos, a los que llama respectivamente *estructuras entitativa, de equipamiento, racional y social*. La denominación de "estructura" indica, una vez más, que se trata de conjuntos de relaciones organizadas. Pues bien, por *estructura entitativa* entiende aquello sobre lo que versa una experiencia, es decir, los seres o atributos entitativos que se revelan como valores o contravalores en cada experiencia. *El equipamiento* lo constituyen las potencialidades o capacidades, las acciones, los recursos y las disposiciones afines que intervienen en cada experiencia. *La razón*, que propiamente pertenece al equipamiento potencial del hombre, ejerce una función articuladora de las demás estructuras. Finalmente, no son posibles las experiencias sin las *socia(bi)lidades apropiadas*.

Las cuatro estructuras del marco constitutivo específico de una experiencia no están aisladas unas de otras, sino que mantienen entre sí una *unidad relacional*, y ya sabemos que la relación es ante todo dinámica: la interacción de sus componentes produce constantes transformaciones en las cuatro estructuras. También a los que nos ha cautivado su sistema. Pues bien, la unidad relacional no termina dentro de cada experiencia, sino que el conjunto de todas las que componen nuestra vida se hallan sumamente relacionadas unas con otras. Dichas relaciones son complejas y de la más diversa índole, y desde luego no siempre de armonía. La unidad relacional o interacción continua entre los componentes de una experiencia y entre las experiencias hace que tengamos que considerarlas siempre abiertas, inacabadas: son un horizonte al que nunca se llega definitivamente. Por eso Eladio Chávarri prefiere hablar de *horizontes de experiencia*, más que de estructuras fijas y definidas.

En un gran libro sobre la ciencia⁸, nuestro autor utiliza la experiencia como armazón de todas sus reflexiones sobre la ciencia. El *marco constitutivo de la experiencia científica* es, para nuestro autor, la *teoría*. Ello le ha obligado a dar un vuelco enriquecedor al significado habitual de “teoría”, pues para Chávarri, las teorías, entendidas como marcos experienciales científicos, contienen no sólo *razón científica*, sino también las *estructuras entitativa, de equipamiento y social* de la propia ciencia. Su enfoque nos descubre aspectos de la ciencia hasta ahora desconocidos. Frecuentemente en el ámbito de las filosofías, las historias y las sociologías de la ciencia se viene aislando una de sus cuatro estructuras (la razón, como decimos) y se olvidan las otras tres. Chávarri ha elevado las “teorías” a la categoría mucho más rica de “experiencias”.

8.3. *Las transformaciones que sufre cada una de las estructuras de cada experiencia en su relación con las demás*

Me ha impactado sobremanera este enfoque de la experiencia. De los muchos aspectos, quisiera destacar uno: las transformaciones que experimenta cada una de las estructuras en su relación con las demás.

Empiezo por las que se observan en *la estructura entitativa*: los seres –y los aspectos entitativos de los mismos– cambian en cada experiencia; en la experiencia científica, los seres se vuelven científicos; en la religiosa, religiosos; y así en todas. Inmediatamente nos surge la pregunta, la objeción y hasta el rechazo de esta anterior afirmación. ¿Qué es entonces “la” *realidad*? ¿No es una y única para todos? No. Analicemos, por ejemplo, la “realidad” del sol. Para un físico es una estrella luminosa, centro de nuestro sistema planetario; para la mayoría de los mortales, un ser que nos da luz y calor; para los antiguos egipcios, el dios Ra, asociado después a Amón; para los pintores, un elemento decorativo de sus composiciones; una medida del tiempo, para otros; el motor de masivas migraciones veraniegas; la mayor fuente económica; un elemento de reparto justo (en los desafíos antiguos y públicos, “partir el sol” significaba colocar a los combatientes, o señalarles el campo, de modo que la luz del sol les sirviese a ambos por igual, sin que pudiese ninguno tener ventaja en ella). ¿Cuál es, entonces, “la realidad” del sol? Desde luego, no es una sola, sino muchas: las que aparecen en las estructuras de todas esas experiencias que hemos referido y de otras muchas más. Está claro que eso que llamamos “sol” no tiene la misma *realidad* para el astrofísico, para el anciano que busca calentarse en las frías mañanas del invierno, para la persona que se tuesta en la playa, para el fotógrafo que espera la calidez del sol de la tarde o para el egipcio que se postra en adoración cuando lo ve aparecer por el oriente. Lógicamente, cada una de esas experiencias con el sol desarrolla dimensiones vitales diferentes en el ser humano: la cognitiva en el físico,

⁸ E. CHÁVARRI, *La carga vital de la ciencia*, Editorial San Esteban, Salamanca, 2006; B. LÓPEZ, “La fuerte carga vital que recibe y ejerce hoy la ciencia”, en *Estudios filosóficos* 56, n. 162 (2007) 327–346.

la estética en el pintor, la biopsíquica en el que se calienta, la religiosa en el egipcio, la económica en el que tiene un hotel en una playa soleada, etc. Por eso, para cada uno el sol tiene una realidad diferente. Pero enseguida objetamos que el sol no cambia y que físicamente es el mismo, aunque nosotros le demos un significado distinto; y por tanto es una misma y única realidad en todos los casos. A esta objeción hay que responder que, cuando decimos que el sol no cambia, lo estamos haciendo ya desde una peculiar experiencia: la del físico, para el que la masa del sol aparentemente no se altera. Pero ésta del físico es sólo “una” realidad. Las otras experiencias con el sol no tienen interés en saber si tiene la misma masa o cambia a cada hora, si es una estrella, un planeta o nada. ¿Qué parecido tiene esta riquísima ontología de Chávarri con la que se viene utilizando desde tiempos inmemoriales, que individualiza y acota cada realidad como algo inmutable? Con esta visión de Chávarri queda enormemente trastocada y enriquecida la ontología tradicional. En teología, la *sacramentología* disfrutaría de un esclarecimiento que no tiene en el enfoque tradicional, y el toque mágico del que suele acusársela se trocaría por uno más acorde con el modo humano de proceder⁹.

De los *equipamientos* de cada experiencia quisiera llamar la atención sobre algunos aspectos. En primer lugar, Chávarri los hace formar parte necesaria de la experiencia. Nos resistimos a pensar que los edificios y los laboratorios, las batas de los investigadores, las probetas y los dineros que reciben para sus proyectos formen parte y sean experiencia científica con todo derecho. Y que tengan realidades distintas que las que poseen en otras experiencias. Y así es. El dinero científico no es lo mismo que el dinero religioso o que el dinero solidario. En segundo lugar, hay que señalar, dentro del equipamiento, el enriquecimiento y la amplitud que da nuestro autor a la *potencialidad humana*. Ésta no es algo etéreo y sin consistencia, como a menudo se nos enseñó, sino un torrente efectivo de riqueza sin par, que está por manifestarse. No se puede llegar a nada para lo que antes no se haya tenido potencia. Pero la potencialidad humana no es sólo para los valores, sino también para los contravalores. Hitler es un ejemplo de esto último. En tercer lugar, *la acción* es otro de los elementos del equipamiento: sin la actividad apropiada no se desarrollan la potencialidades. Hemos tenido que sufrir –en los programas de filosofía en los institutos, por ejemplo– una reducción de la acción (deliberada o libre) al ámbito de lo moral y de lo político. Craso error que Chávarri subsana defendiendo tajantemente que la acción (deliberada) está presente en todas las experiencias de todas las vitalidades y de todas las dimensiones valorativas. Pero es que, además, esta acción no es uniforme y universal, sino específica, intransferible e incommunicable en cada una de ellas. Sin las acciones apropiadas, no hay desarrollo de las vertientes vitales ni se pueden adquirir valores ni contravalores.

⁹ B. LÓPEZ, “Sobre la presencia real de Cristo en la Eucaristía”, en *Ciencia Tomista*, 139 (2012), 623-633.

El enfoque que da Chávarri a *la razón* merece una especial atención. La razón es para Chávarri una energía que “dirige” y se manifiesta en todas –en todas– las experiencias humanas. Aparece este descubrimiento con claridad en todos los libros que ha escrito nuestro autor, pero en el que tiene una mayor extensión, disección y precisión en el tratamiento de la razón es en *Nuestro arquetipo humano*¹⁰. Me resistí durante mucho tiempo a aceptar dicho enfoque nuevo, porque derrumbaba por completo el que me habían enseñado y que era en filosofía y en teología un axioma indiscutible: que esta energía se reduce y está confinada al ámbito de la vida cognitiva; más aún, a la vida cognitiva reflexiva. Cuando fui comprendiendo y aceptando que la razón también estaba presente, como obras suyas, en un ladrillo y en un edificio, en un beso, en un quiebro de juego de pelota, en un arma asesina, en la distribución de la riqueza, en un cuadro de Velázquez, etc., es decir, en todas las estructuras de todas las experiencias humanas, empecé a ver un mundo nuevo. Ya no se me ocurrió volver a contraponer fe y razón¹¹, a atribuir a los sentimientos (cosas del corazón) funciones que son propias de la razón (cosas de la mente), a minusvalorar por “irracional”, fuera de la razón, todo lo que no fuera epistémico, y otras cosas por el estilo. Todo es obra de la razón –o de la sinrazón–, y en todas las experiencias están también presentes las emociones y los sentimientos, pero éstos no ejercen las funciones propias de la razón. Einstein no hubiera dado un paso ni hubiera hecho nada si en cada acto investigador no hubiera sentido emociones intensas de todo tipo. Pero el sentimiento no dirige directamente ninguna acción humana. Es la razón. ¡Cuántos han reducido la religión, el arte o el amor pasional a ser puros sentimientos exentos totalmente de la intervención de la razón!

Esta energía que llamamos razón nace, crece y muere al mismo tiempo que las experiencias. No existe antes y al margen de ellas. Tanto es así, que está modalizada en todas y cada una de las experiencias según el modo de esa experiencia. Ello explica que sólo podamos conocer a la razón por las manifestaciones que ha tenido a lo largo de la historia en las distintas experiencias humanas. Hay que aplicar, por tanto, a la razón el llamado por Chávarri “axioma protector de la diversidad”. En cada experiencia se manifiesta de modo peculiar e intransferible. La razón materna no es aplicable a la razón formal matemática; ni tampoco al revés. En un brevísimo discurso que pronunció Chávarri cuando recibió el nombramiento de Maestro en sagrada teología, sentenció lo siguiente: “Me di cuenta de que la razón que se generaba en mis clases era muy inferior a la del ama de casa; y lo mismo podría decir de la que desplegó Kant en la *Crítica de la razón pura*. Podéis objetarme: si un ama de casa se metiera en el contexto de la razón pura, se desenvolvería como un pulpo en un garaje. Desde luego. Y ¿cómo se hallaría Kant en el mucho más complicado contexto de la razón del ama de casa? ¡Me encanta-

¹⁰ E. CHÁVARRI, *Nuestro arquetipo humano. Trazos de su razón soberana*, Salamanca, San Esteban/Edibesa, 1997.

¹¹ B. LÓPEZ, “¿Razón y fe?”, en *Estudios filosóficos*, 61, n. 177 (2012), 381-387.

ría observarlo!, como he observado durante largas horas las finuras que ha adquirido esta razón en mis cuñadas y hermanas”.

La última de las cuatro estructuras de toda experiencia es *la socia(bi)lidad*, el grupo. Ninguna experiencia es posible sin el grupo adecuado, porque las comunidades nos van aportando los seres, el equipamiento y la razón de cada experiencia. Eladio Chávarri no hubiera tenido las experiencias que han configurado toda su vida sin –primero y principalmente– su peculiar grupo familiar en su pueblo, Ollobarren; sin las que “experimentó” siendo estudiante, novicio, filósofo y teólogo dominico en las comunidades en las que vivió; sin la comunidad de Las Caldas de Besaya y, ahora, la de san Gregorio de Valladolid; sin la comunidad de los filósofos, teólogos y científicos de los que ha bebido; y sin cientos de comunidades más. Pero a su vez –como ya sabemos– las comunidades van modificándose por la relación con las otras tres estructuras. Las comunidades de los científicos del siglo XVIII son un grano de arena en comparación con las megacomunidades interconectadas de científicos que intervienen hoy en la realización de un proyecto. Ni los seres de la experiencia científica, ni los equipamientos de la misma, ni la razón específica ni las comunidades de científicos son algo fijo y dado de una vez para siempre, sino que, por estar interrelacionadas, están en continuo desarrollo. ¿De qué trataba la física de Newton y de qué se ocupa la física actual?

9. ENVERGADURA HUMANA

Cualquier viviente desarrolla su vida en estrecha relación con su propio hábitat, que es quien le proporciona el alimento adecuado. En el caso del ser humano, ese alimento son los valores y los contravalores, es decir, los seres en cuanto que desarrollan o deterioran las vertientes vitales humanas. En nadie he visto una explicación tan profunda y convincente como en la obra de Eladio Chávarri de que el hábitat apropiado y la correspondiente vida forman una simbiosis inseparable, hasta tal punto que el hábitat forma parte de la envergadura del viviente, sobre todo en el caso del viviente humano. Incluso en las filosofías más personalistas, más ecologistas y en muchas de las teologías, el hábitat humano mantiene un cierto carácter de extrínseco con respecto a la envergadura del viviente hombre. En Chávarri, de ninguna manera. Entre vida y su hábitat hay mutua implicación. La justificación de tal afirmación es bien sencilla si tomamos como referencia las relaciones valorativas según las entiende nuestro autor. Dichas relaciones están constituidas en su misma entraña y en mutua implicación por vida y ser, como ya hemos señalado en varias ocasiones. Pues bien, el hábitat humano pasa a formar parte del ser humano porque le proporciona los seres que desarrollan o deterioran las vitalidades del hombre.

Chávarri subdivide el hábitat humano en cuatro ámbitos: el espacio interior, que lo considera simplemente como lo que no es exterior a lo que

circunda su cuerpo; el segundo es el medio histórico (social); el tercero, el medio natural cósmico; y el cuarto, el medio metahistórico. Todos estos ámbitos que componen el hábitat humano son los que proporcionan los seres que serán valiosos o disvaliosos para el desarrollo de sus vertientes vitales; por ello forman parte de la riquísima envergadura del ser humano. La mayoría de los autores reducen la envergadura del viviente humano a lo que circunda su cuerpo (espacio interior). Para Chávarri, por el contrario, preocuparse de que los seres de los cuatro ámbitos enriquezcan y no deterioren la vida humana no es una obligación "moral" que viene impuesta desde fuera, sino que es una exigencia intrínseca de la propia estructura y funcionamiento de la vida del ser humano. Eslóganes como "o nos salvamos todos, o no se salva nadie", "si destruimos a la naturaleza, matamos al ser humano" adquieren en el sistema de pensamiento de Chávarri un alcance que no suele verse en otros autores: forman parte de la envergadura del ser humano. Con lo que, si el hombre se alimenta de contravalores o de seres de mediana o baja calidad, o cultiva sólo algunos ámbitos de su vida y de su hábitat, está construyendo una envergadura mutilada y raquífica.

A este propósito, me llamó la atención, en un artículo sobre la esperanza¹², (internet) la afirmación de nuestro autor de que la esperanza que cada uno tiene dentro de la historia no puede limitarse al desarrollo o dignificación del propio individuo, sino que debe incluir necesariamente como horizonte el desarrollo de las comunidades a las que el individuo pertenece. Los romanos encabezaban sabiamente sus cartas con "si tú estás bien, entonces yo estoy bien". Por la misma razón que lo anterior, la esperanza humana dentro de la historia exige necesariamente como horizonte la mejora de los demás seres de la naturaleza y del cosmos, que son alimento para el ser humano y, por tanto, forman parte de su envergadura vital.

Y ahora un paso más. Cuando el horizonte metahistórico esperado es el de la consumación de la propia biografía, la esperanza de cada uno incluye como una exigencia ineludible la consumación de todos los demás seres humanos y también la consumación de los seres de la naturaleza y del cosmos. Los teólogos lo afirman, pero no aciertan a explicarlo como lo hace Chávarri desde su sistema: la consumación del ser humano incluye necesariamente la consumación de todos los seres del universo; y eso, por lógica, sucederá al final de los tiempos.

Chávarri utiliza para referirse a la envergadura del ser humano la expresión "clave transhistórica", porque se aplica a todos los seres humanos de todos los tiempos y no está ligada a un período histórico determinado.

La envergadura del ser humano es uno de los criterios decisivos para juzgar lo que es humano e inhumano, que, como hemos dicho, se establece por

¹² E. CHÁVARRI: "Teología de la esperanza", www.dominicos.org, enero 2000.

relación a los modelos humanos¹³. Éstos son, ciertamente, los criterios *de facto*, pero ellos a su vez no son los criterios últimos y absolutamente válidos para determinar la humanidad o inhumanidad de todo lo que está modalizado por dichos modelos. Porque ellos, a su vez, deben ser juzgados por la envergadura vital que ha conquistado el ser humano. En efecto, teniendo en cuenta esto que acabamos de señalar, muchos modelos humanos son claramente inhumanos si ignoran o si excluyen algún ámbito de la envergadura humana, ya sea el espacio interior, ya sea alguno de los medios histórico-social, natural-cósmico o metahistórico. O lo que es lo mismo, si reducen toda la humanidad e inhumanidad a uno de esos ámbitos, sea la libertad, la religión, el amor, la armonía con la naturaleza y el cosmos, etc.

10. CONCLUSIÓN

Eladio Chávarri tiene aversión por las conclusiones, porque para él todo lo que entra en la envergadura humana está continuamente abierto a horizontes más dignificadores o indignificadores. La conclusión, por el contrario, es una determinación que fija y estabiliza, y que cierra el horizonte.

Pero mi conclusión no se refiere al sistema de Eladio Chávarri que he expuesto a lo largo de este artículo. Se trata simple y llanamente de un tirón de orejas a sus hermanos dominicos. Sus compañeros de claustro en Valladolid eran los primeros llamados a profundizar, corregir, desarrollar y difundir su comprensivo y novedoso sistema de pensamiento. No lo han hecho, a pesar de que hace tiempo que los dominicos de habla española no han tenido un pensador de la talla del profesor Chávarri. Me atrevo a decir que tampoco fuera de la orden existe ninguno –clérigo o laico– que haya escudriñado tan profunda y certeramente el modelo de ser humano que nos ha tocado vivir. Además, su sistema se puede aplicar tanto en el campo de la filosofía como en el de la teología, y los horizontes que abre en estos ámbitos son, cuando menos, sorprendentes. Es hora de que los estudiantes dominicos, al menos los españoles, cursen en sus facultades un seminario, por lo menos, sobre nuestro autor. Lo agradecerán toda su vida. Aún se está a tiempo de hacerlo.

Baldomero López Carrera
Juan Escalante de Mendoza, 16 -3º C. 33009 OVIEDO
baldolc@telefonica.net

¹³ B. LÓPEZ, "La antropología de Edward Schillebeeckx. Un estudio desde la antropología de Eladio Chávarri", en *Ciencia Tomista* 138 (2011) 79-105.